

LUZ.—Ni yo hablo de pagar nada...

RABANITOS.—Entonces no sabes de qué hablas.

TABARDILLO.—Cuando queráis.

RABANITOS.—Vamos.

LUZ.—¿A dónde...? ¿A cenar?

RABANITOS.—A divertirse.

TABARDILLO.—A vivir...

*(Y llevándose las del brazo,
mutis los tres.)*

TELON

ACTO TERCERO

Un gabinete de un restaurant de tono. En el centro una mesa en desorden, como después de terminada toda comida. Un par de ventanas al foro y una puerta a la izquierda. Es de noche. Fracs y smokins. Las señoras bien vestidas, menos doña Celestina.

ESCENA PRIMERA

LUZ, a la ventana y apoyando la frente en los cristales como si buscara que el frío disipase algo el calor del champagne: la MIMOSA, LULÚ y PEDRO, en la otra ventana: DOÑA CELESTINA, JAIME y ENRIQUE, sentados a la mesa: la RABANITOS, AMPARO y TABARDILLO, sentados en un sofá: BECERRA de pie, solo, vuelto de espaldas: sentado, aparte, un tocador de guitarra: dos camareros, que sirven y entran y salen, y que al levantarse el telón ofrecen licores, llevando uno la bandeja con las copas y botellas y sirviendo el otro después de preguntar.

CAMARERO 1.º—¿Coñac, chartreuse, benedictino?...

RABANITOS.—Benedictino.

AMPARO.—Y yo.

CAMARARO 1.º—¿El señor?

TABARDILLO.—Chartreuse.

RABANITOS.—Eso es cosa de mujeres.

TABARDILLO.—Precisamente las que me gustan. Venga chartreuse.

DOÑA CELESTINA.—Camarero, a mí Monóvar.

RABANITOS.—¿Y usted, señor Becerra, un poquito de coñac?

BECERRA.—Lo que usted me sirva, a gloria me ha de saber.

JAIME.—¡Bien, Becerra! Eres digno de ser de los nuestros.

BECERRA.—(Encantado.)—Gracias, gracias.

RABANITOS.—(Ofreciéndole la copa.)—¿Está usted contento?

BECERRA.—Encantado, señora, encantado. No puedo ausentarme de Astorga siempre que quisiera: necesito, como ahora, venir con alguna comisión oficial, pero le juro a usted que de todas las comisiones formará usted parte.

JAIME.—Bien, Becerra.

BECERRA.—Gracias. (A la Rabanitos.) Mi primera visita será para usted.

TABARDILLO.—Avisando...

BECERRA.—Naturalmente. No voy a cometer

la incorrección de presentarme de improviso y sorprender a una señora.

TABARDILLO.—Es que tampoco se debe sorprender a los caballeros...

BECERRA.—Ya, ya.

ENRIQUE.—(Al guitarrista.)—Maestro, ¿recuerda usted algo de Wagner? Pues haga el favor. La muerte de Sigfrido. Hay un momento maravilloso y de una intensidad dramática que cripa los nervios, cuando los timbales dan aquellos golpes secos y desgarrados: ¡tan, tan, tan!...

(Y da los golpes sobre la mesa.)

CAMARERO 1.º—(Que sirve a otros señores.)—Voy.

ENRIQUE.—¡No es por ti, hombre! ¡Ah, es maravillosa esa música! ¡No hay otra! Toque, maestro, toque.

(El guitarrista toca lo que le da la gana y piano.)

RABANITOS.—Me parece que a Lucecita el champagne la mareó un poco. Anda buscando el frío de los cristales.

TABARDILLO.—Qué simpática es la criatura esa...

RABANITOS.—Pues atrévete.

TABARDILLO.—No sé qué contestarte. Para todo hace falta tener condiciones en este mundo.

RABANITOS.—Claro.

TABARDILLO.—Bueno... pues creo que Luz no tiene condiciones... y que nosotros no hacemos bien inclinándola por este camino.

RABANITOS.—En tí, esa delicadeza resulta conmovedora. Es un pensamiento propio de Platón. ¿No era Platón uno que tenía pensamientos?

TABARDILLO.—Sí: pensamientos... y claveles. Pero créeme, Rabanitos, con Luz nos portamos mal

RABANITOS.—¿Lo vas a tomar en serio? ¿Y aquí?

TABARDILLO.—Sería una insigne torpeza. Lo confieso. Vamos a otra cosa.—(Llamando.)—¡Pericol

(Lulú, Mimosa y Pedro, miran.)

PEDRO.—Es por mí. ¿Qué quieres?

TABARDILLO.—Oye.

(Pedro se acerca. Tabardillo le habla, y Pedro sale, volviendo poco después acompañado de un mozo, que trae un par de botellas de champagne.)

ENRIQUE.—(Acercándose a Luz y ofreciéndole una copita de licor.)—Luz, una gota de licor.

LUZ.—Perdóneme, no...

ENRIQUE.—Una gota, para que después me sepa a mieles el resto.

LUZ.—Perdóneme... No tengo costumbre de beber y pudiera hacerme daño.

ENRIQUE.—Bien.

(Y tira al suelo la copa, pero sin ira, naturalmente.)

TABARDILLO.—(Levantándose.)—¿Qué es eso?

ENRIQUE.—Nada...

RABANITOS.—Nada. Otra frase de Platón. Siéntate y cálmate.

LUZ.—Le juro a usted que no fué desaire...

ENRIQUE.—Ni vale ya la pena de hablar más de ello. Soy algo impetuoso... y en mí el amor empieza siempre con un poco de ira.

LUZ.—Le suplico que no insistamos en ese tema.

ENRIQUE.—Obedezco. Y si el amor hubiera podido ofrecerlo en copa, también la copa y el amor los vería usted ya por el suelo.

LUZ.—No, por Dios...

ENRIQUE.—Basta ya. ¿Le gusta a usted la música?

LUZ.—Sí...

ENRIQUE.—¿Ha oído usted en el Real Sigfrido...?

LUZ.—No...

ENRIQUE.—Esto que tocan, aunque muy vagamente, recuerda el momento trágico... ¿Llora usted, Luz?

LUZ.—No, no... es el frío del cristal.

ENRIQUE.—Dispéñseme entonces, Lucecita. En las personas a quien yo quisiera agradar me mortifica mucho verlas con frío...

LUZ.—¡Del cristall!

ENRIQUE.—Del cristal... es de donde se hacen los espejos. Dispéñseme.

(Enrique vuelve a sentarse, y Luz a mirar hacia la calle.)

JAIME.—¡Bien, Becerral!

BEZERRA.—¡Ahora no he dicho nada...!

JAIME.—Eso no importa. Ven a que brindemos por lo que te dé la gana.

AMPARO.—¡Lulú!

LULÚ.—¿Qué te pasa?

AMPARO.—¿Bailamos esta mazurca?

LULÚ.—¡Ya estamos!

ENRIQUE.—¡Por los dioses del Olimpo, que

esto es la muerte de Sigfrido, una situación tris-tísima...!

RABANITOS.—¡Bailad, bailad! Sigfrido es alegre o triste, según está el que lo baila.

(Bailan las dos muchachas, y el guitarrista cambia a Wagner por Quinito.)

JAIME.—Eres una barbaridad de simpático. Brindemos.

BEZERRA.—Por todas las mujeres.

JAIME.—Por toda Astorga.

BEZERRA.—También lo merece.

JAIME.—Oye, Becerra. No me suena llamarte Becerra: ¿me permites llamarte Becerro...?

BEZERRA.—¡Hombre!

ENRIQUE.—Póngalo en la cuenta del vino. Este es un pelma...

BEZERRA.—Será, pero me da el corazón que yo le voy a decir a este pollo alguna cosa de su familia...

RABANITOS.—¿Pero qué dices?

TABARDILLO.—Te lo ruego.

RABANITOS.—¿Y qué le pides en cambio?

TABARDILLO.—Nada. La veo triste, porque tiene la preocupación de mañana, el pánico de

mañana, y quiero sencillamente que hoy disfrute sin ese temor.

RABANITOS.—Te han mudado el forro, Tabardillo. Cuidado, ¿eh?, que, en lo fácil, no hay nada más peligroso que lo sentimental.

TABARDILLO.—¿Lo harás?

RABANITOS.—Bueno. Venga esos veinte duros.

TABARDILLO.—¡Que nadie lo note, Rabanitos!

RABANITOS.—Bueno... *(Se levanta, va a la mesa y coge una flor, ofreciéndosela a Becerra.)*
¿La quiere usted?...

BECERRA.—*(Viniendo a donde ella está.)*—
¡No he de quererla!

RABANITOS.—*(Colocándosela en el ojal de la levita.)*—Que cada hoja sea un año, que cada año sea feliz, y que, al final de las hojas y de los años, nos recordemos con buena amistad.

JAIME.—¡Bravo! ¡Bravo Becerro adornado por las Diosas! ¡Bien, Becerro!

ENRIQUE.—¡No seas escandaloso, Jaime!

JAIME.—¡Que toquen la Marcha Nupcial! ¡Bien, guitarrista!

(El guitarrista toca.)

BECERRA.—¿Me permite usted, que, mañana, en recuerdo de esta flor, le mande un brillante?

JAIME.—Bien, Be...!

ENRIQUE.—*(Haciéndole apoyar la cabeza en la mesa.)*—¡Calla!

JAIME.—*(Levantando la cabeza.)*—¡Ce... rrol!
¡Si queda dentro, me ahoga!

BECERRA.—¡Que traigan más champagne!

TABARDILLO.—Ya lo he pedido.

Rabanitos va a reunirse con Luz, pero rodeando.)

BECERRA.—Es deliciosa esta Rabanitos...

TABARDILLO.—Ya lo creo.

BECERRA.—Pocas mujeres... verdad es que yo no he conocido muchas... pero, en fin, de las pocas, ninguna me produjo esta sensación de encanto y de maravilla. Lástima tener que marcharme de Madrid... aunque tal vez sea un bien, pues con lo que me atrae, si yo viviera aquí, la adoraría.

TABARDILLO.—Eso no es obstáculo. Adórela usted desde Astorga.

BECERRA.—No es lo mismo... Me conformaré llevándome de ella un recuerdo inolvidable.

TABARDILLO.—Y ella también lo tendrá.

BECERRA.—¿De mí...?

TABARDILLO.—Por el brillante.

BECERRA.—No soy tan tonto para figurarme

que no hay más brillantes que los míos, ni soy tan rico para permitirme ofrecer el que eclipse a todos.

TABARDILLO.—*(Dándole la mano leal.*—Perdone usted, el tonto fui yo.

BECERRA.—No hay de qué perdonar. Son de esas cosas que decimos los hombres... y que los hombres no las pensamos bien sino al arrepentirnos de haberlas dicho.

TABARDILLO.—Verdad.

BECERRA.—En lo esencial estamos de acuerdo. En que la Rabanitos es adorable.

TABARDILLO.—Sí, señor. Mire usted si será adorable y atractiva, que fué en el mes de Junio a pasar un verano en un pueblecito de Santander, en donde jamás había estado, y en Agosto la Liga de amigos ya le incluyó entre los festejos populares.

BECERRA.—¡Caray!

TABARDILLO.—Como usted lo oye. Eso en Agosto: en Septiembre ya quería el Ayuntamiento declararla de utilidad pública.

BECERRA.—No se quede usted corto. ¿Y en Octubre...?

TABARDILLO.—Pues en Octubre, si no sale en doble pequeña, la linchan las señoras del pueblo.

BECERRA.—¿No exagera usted nada, amigo Tabardillo?

TABARDILLO.—Pasados los cuarenta, ya sabe usted que se exagera siempre, amigo Becerra.

RABANITOS.—Ven un poco más lejos, tengo una buena noticia... y algo más.

LUZ.—¿Para mi?

RABANITOS.—Ven, ven...

(Cogidas del brazo vienen a primer término.)

DOÑA CELESTINA.—¡Mimosa...! ¡Mimosa!

MIMOSA.—¿Qué, doña Celestina?

DOÑA CELESTINA.—¿Tomas el café?

MIMOSA.—No.

DOÑA CELESTINA.—Pues dame el azúcar.

ENRIQUE.—¿Más azúcar?

JAIME.—¡Que se ha guardado usted ya cinco paquetes!

DOÑA CELESTINA.—Si no los aprovecha nadie, es un dolor el que se pierdan, hijos míos...

MIMOSA.—Tiene razón.

JAIME.—Esta vez no: ya es abusar.

DOÑA CELESTINA.—¿Pero a tí qué te importa, hijo...? ¿Tienes ultramarinos y quieres que te lo compren a tí?

JAIME.—Lo que yo tengo es...

TABARDILLO.—Haya paz. Dáselos, Jaime, dáselos. Son para un álbum.

DOÑA CELESTINA.—Gracias, Tabardillo. Tú eres el único decente de toda esta gentuza.

JAIME.—(Amenazándola con una botella.)—¡Que la bautizo, doña Celestina!

DOÑA CELESTINA.—¡Tú a mí, cacahuet! ¡Indecentísimo cacahuet!

AMPARO.—(Corriendo a ella).—¡Mamá! Mamá!

DOÑA CELESTINA.—(Calmándose.)—¿Qué, hija?

AMPARO.—(En voz baja).—Como hables, no vuelves a ninguna cena. Ya sabes que has de estar callada.

DOÑA CELESTINA.—La culpa la tiene quien consiente que pongan zanahorias en las sillas de los convidados.

JAIME.—¡Que yo no aguanto expresiones ofensivas!...

DOÑA CELESTINA.—¡Ofensivas para la zanahoria, so morral, que usted sirve menos que una campanilla en casa donde hay timbres!

JAIME.—¡Señora...!

TABARDILLO.—Paz, paz...

AMPARO.—Cállate, mamá.

DOÑA CELESTINA.—Bueno. Di que me traigan mantequilla para este cachito de pan.

AMPARO.—Pero cierra el pico, ¿eh...?—(Va a la puerta y llama).—¡José... José...!

DOÑA CELESTINA.—Te parece a tí, ¿don Tabardillo...?

TABARDILLO.—Están un poquito alegres, pero así y todo resulta muy feo que no le guarden las consideraciones debidas.

DOÑA CELESTINA.—Porque no son como tú, que eres todo un caballero y sabes tratar a las señoras. Nadie las tendría como tú, si pagaras alguna vez...

TABARDILLO.—No divaguemos, doña Celestina. Decía que es muy sensible que no se porten como usted merece...

DOÑA CELESTINA.—Gracias, hijo, gracias.

TABARDILLO.—Que no sólo le corresponde a usted el puesto preferente por sus años y por sus bondades...

DOÑA CELESTINA.—Y que lo digas. Pero no lo digas, que lloraré y eso me va mal recién comida.

TABARDILLO.—Y todo en usted, incluso el nombre, es un prestigio en nuestras fiestas.

DOÑA CELESTINA.—¿El nombre...?